

Aval creyente a la excomuni3n de la Mafia

El papa Francisco ha mostrado de nuevo el liderazgo moral de la Cristiandad, mediante la creaci3n de un organismo en el Vaticano cuyo objetivo primordial va a ser la excomuni3n de la Mafia. Previamente, ya haba desplegado su ascendiente en cuestiones de tanta enjundia moral como la defensa de los inmigrantes norafricanos que, por centenares, permanecan hacinados en barcos varados en alta mar frente a las costas italianas; denunciaba as3 la negativa del Gobierno de Roma a hospedarles. El Pont3fice clam3 tambi3n, cuando m3s necesario era, por mitigar con la caridad y el compromiso solidario los estragos causados por la pandemia SARS-Covid 19, que ha sembrado de desolaci3n el Planeta.

Asimismo, no dej3 pasar ocasi3n para denunciar guerras atroces como las de Siria y Yemen, que ensangrientan el Pr3ximo Oriente y la pen3nsula ar3biga, con un correlato de 3xodos masivos y cat3strofes humanitarias sin precedentes en las 3ltimas d3cadas. Ha exigido adem3s al Gobierno de Israel que deje de aplicar pol3ticas inhumanas contra la poblaci3n palestina, dos millones de seres cercados en el angosto per3metro de la franja de Gaza, hostigados cuando no bombardeados por la aviaci3n israel3. De igual modo, Francisco ha denunciado y ha hecho aflorar, tan abierta como valientemente, los casos de pederastia en la Compa3a de Jes3s. Son solo algunos ejemplos de un coraje que ha recobrado el pulso y el cordial latido de la Iglesia cat3lica romana en sinton3a con la *ecclesia* sobre la que se fundamenta el ascendiente 3tico y carism3tico del Papado.

Todo ello demuestra que el Papa no se arredra a la hora de denunciar y encarar los graves problemas y desafíos —externos e internos— de la Iglesia, que demandan no solo pronunciamientos solemnes sino, sobre todo, soluciones reales a los desafíos que la moralidad afronta y que la ejemplaridad cristiana exige. Y lo hace precisamente en pleno epicentro de un temporal civilizacional inusitado, que agita y desnorta a la Humanidad en un cada vez más evidente cambio de ciclo y de época. Mutación que lleva aparejada una profunda reconfiguración de las percepciones y valores éticos en escena, señaladamente significativos para la grey cristiana, que demanda una traducción en términos morales que el Pontífice, con su ejemplo, brinda de forma continuada.

Un específico Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral, recién formado y anunciado por el Papa, queda integrado por media docena de especialistas selectos. No hay mucha más información disponible sobre cómo se propone actuar el organismo especializado de la Curia Romana, nombrado al respecto por el Papa. Sus procedimientos serán muy discretos, por razones obvias; se desconoce pues su *modus operandi*. La fase actual en la que se encuentra es de composición y de delimitación doctrinal del debate, a la hora de fijar la mejor manera de aplicar la directriz papal, directriz que sí es clara y se materializa en un *animis excomulgandi* evidente. Desde luego, su aplicación práctica será muy dificultosa, como cabe prever. Pero no se trata de un simple propósito teñido de deseo, sino más bien de un compromiso firme, con efectos prácticos, para poner fin a la hipocresía de la Mafia respecto a la Iglesia en general y a los ritos en particular, así como para zanjar la relación de prolongada ambigüedad moral de la Iglesia a propósito de la Mafia. Tampoco cabe conocer, tan solo vislumbrar, el alcance pastoral de la excomunión: qué papel puede desempeñar el arrepentimiento personal, por ejemplo, para el levantamiento de la medida a través del perdón, siempre posible sacramentalmente. El Dicasterio será pues el instrumento especializado, consultivo y pre-ejecutivo que se aplicará a la tarea de argumentar la expulsión, fuera de la comunidad cristiana, de una secular organización criminal como la Mafia.

Agrupación secreta y clandestina, la Mafia surgió en la Edad Media en la Italia meridional e insular. Concebida inicialmente como un instrumen-

to grupal de autodefensa popular, de troquel familiar endogámico, quedaría posteriormente absorbida por los denominados *gabelloti*, agentes feudales recaudadores de alcabalas y gabelas. Requisito sustancial de la organización secreta era el pacto de silencio, *omertá*, vigente entre sus miembros, cuya transgresión acarrearba la muerte del transgresor y, casi siempre, la *vendetta*, concebida como venganza contra algunos de sus familiares mediante crueles escarmientos.

Movilizada contra la invasión medieval francesa de Italia meridional, así como contra la Corona aragonesa, que ejerció su dominio allí durante tres siglos, la organización se entrañó hábilmente en la cultura popular italiana. En ella, el cristianismo constituía secularmente su principal seña de identidad religiosa y moral desde siglos atrás. Expandida en el siglo XIX al resto del país mediterráneo, la Mafia se encuentra hoy ampliamente internacionalizada. Desde entonces hasta ahora, esta agrupación delictiva ha sembrado muerte, dolor, extorsión, injusticia y pesar sobre miles de vidas, muchas de ellas segadas salvajemente bajo presupuestos atávicos basados en una concepción descarnada del poder: un poder criminal omnímodo, despóticamente patrimonializado por personajes singularizados por su crueldad y que requieren de sus miembros una lealtad servil que les exige, incluso, la comisión de asesinatos.

Tales prácticas se ven convenientemente recubiertas con pretextos que incluyen invocaciones a la honra, la familia y la fraternidad grupal. Envuelto todo ello, además, por un engañoso e hipócrita respeto formal hacia los ritos católicos, que la Mafia, a través de sus capos, se ha dedicado a cultivar. Y lo ha hecho durante décadas, para camuflar sus delitos bajo un supuesto baño de respetabilidad moral que la atención ritual cristiana podría proporcionarle y que desconcertaba por doquier a los creyentes. Aún hoy, en Sicilia y Calabria, las procesiones siguen deteniendo su marcha y girando las imágenes de la Virgen María y de los Santos hacia los domicilios de capos mafiosos convictos de asesinato, en señal de respeto hacia ellos.

Ha sido precisamente contra ese núcleo perverso e hipócrita hacia el cual el papa Francisco dirige la excomunión de la Mafia, con una valentía que ha contado tan solo con tímidos precedentes por parte de

antecesores suyos en la Silla de Pedro. Algunos de ellos se limitaron a condenar determinados crímenes, pero de una forma particularizada y subjetivada, que ahora la excomunión se propone objetivar de manera plena.

La decisión papal excomulgatoria de la Mafia adquiere un inusitado alcance, incluso en la arena geopolítica, por cuanto que es previsible una movilización en su contra desde los numerosos tentáculos con los que cuenta la organización mafiosa. Y no solo en Italia, donde el combate va a ser a quemarropa dada la inserción del Vaticano en Roma; sino, señaladamente, en Estados Unidos, donde el arraigo mafioso, que se remonta al impacto migatorio italiano del arranque del siglo xx, adquiere aún hoy proporciones temibles, pese a no hallarse ahora en su época propiamente más descollante.

Una serie de acontecimientos políticos vinculados al desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, catapultaron a la Mafia hacia una posición prominente en la configuración de los poderes en el gran país norteamericano. Allí es hoy considerada por numerosos analistas como uno de los poderes fácticos operantes en la primera línea política de los Estados Unidos. Nada importante de cuanto allí sucede deja de ser conocido, cuando no inducido o resuelto, por la Mafia.

Una mirada a la historia

Es preciso remontarse a la historia del siglo xx para establecer que, cuando los estrategas de la coalición militar aliada anti-hitleriana plantearon para julio de 1943 un desembarco en las costas continentales europeas, eligieron Sicilia como el enclave óptimo para iniciar desde allí una parte sustancial de la recuperación de Europa de las garras de Hitler. Los ejércitos del III Reich controlaban militarmente la *bota* italiana con la anuencia de un Estado fascista italiano, debilitado por la huería espectacularidad del dictador Benito Mussolini y de su errática corte.

Necesidades militares y logísticas, definidas entonces como insoslayables, llevaron a los mandos militares estadounidenses, hegemónicos en el bando aliado, a demandar ayuda a la Mafia en Sicilia. La potente

organización mafiosa contaba con un entramado social y potentes resortes de fuerzas locales, así como con poderosas conexiones con otras agrupaciones mafiosas en distintas zonas continental-meridionales de Italia. La Mafia se aprestó pues a brindar su apoyo en logística, hombres y redes a los estadounidenses, que, dado su arraigo local, resultaría decisivo para consumir con éxito el desembarco aliado, origen de la reconquista militar de Italia.

Al concluir la contienda, la Mafia exigió compensaciones a Washington. Estas se concretaban en la exigencia de la gestión del monopolio del juego de casino, las apuestas de las carreras de caballos y del boxeo, más la prostitución, todo ello en amplias zonas de los Estados Unidos. Washington se negó formalmente a aceptar tales exigencias, bien que toleraría o haría la *vista gorda* a algunas de ellas; pero la Casa Blanca instó a la Mafia a derivar sus apetencias hacia Cuba, entonces bajo la férula estadounidense. Así, la isla caribeña, durante la dictadura de Fulgencio Batista, devendría en el gran lupanar del traspatio estadounidense, donde todas las exacciones, delitos y crímenes tuvieron asiento tras la instalación operativa, allí, de distintas organizaciones mafiosas.

Con el triunfo de la revolución castrista, la Mafia sería expeditivamente desalojada de Cuba. Por ello, la organización mafiosa perpetraría distintos intentos de asesinato contra líderes del castrismo. El tibio apoyo de John F. Kennedy al fracasado desembarco de anticastristas en Bahía de Cochinos, en 1962, ha sido considerado como una de las causas de su asesinato en Dallas, en un confuso crimen donde hicieron su aparición elementos mafiosos como Jack Rubinstein, asesino convicto de Lee Harvey Oswald, presunto autor de la eliminación del primer presidente católico de los Estados Unidos de América.

Comoquiera que la alternativa cubana ofrecida por Washington había fracasado, la Mafia reiteró sus exigencias a la Casa Blanca, que ideó una alianza política estratégica en Italia para cortar el paso al comunismo, muy fuerte allí durante la posguerra, ya que contaba con uno de los partidos comunistas más potentes, entonces, de Europa occidental. La alianza propuesta por Washington ligaba la Mafia a la Democracia Cristiana. El desarrollo de tal alianza cristalizó en una co-gobernanza de hecho entre el partido político y la organización mafiosa, en pugna

contra los comunistas, que se dilataría hasta la implosión de la Unión Soviética en 1990. Fue entonces cuando, desprovista ya de su función primordial ante la disipación del temor al comunismo, la alianza política se deshizo. Totó Riina, *compare* (padrino) supremo de la Mafia, por una parte, y Giulio Andreotti, supremo *facedor* de la política democristiana y garante del acuerdo, por otra, comparecieron respectivamente en 1993 y 1995 ante los tribunales, acusados de gravísimos delitos. Riina fue acusado de 150 asesinatos y le fueron impuestas 26 cadenas perpetuas. Andreotti salió indemne, pero con la reputación arrasada por sus connivencias con la Mafia.

A partir de entonces, el Vaticano, hasta aquel momento rehén de los compromisos contraídos por el partido cristianodemócrata italiano, pudo poco a poco emanciparse de ellos e incluir en la agenda de viajes del Pontífice un significativo y sorprendente periplo a Cuba, en 1998. Allí, la relevante grey cristiana se había mantenido fiel a Roma, sin las intensas interferencias políticas y persecuciones registradas en otras latitudes por parte de otros regímenes comunistas. Aquellos hechos sobrevendrían con una inusitada aceleración. Roma pudo volver a mirar a América Latina sin la onerosa carga que el corrupto partido italiano proyectaba a su alrededor. El panorama así despejado permitió una recuperación beneficiosa de la acción pastoral que la nueva situación brindaba.

En base a esta secuencia y a otros componentes determinantes de la complejidad vivida, el papa Francisco se adentra ahora en la ingente tarea de excomulgar a la Mafia. Una profusa casuística exigirá a los integrantes del Dicasterio papal afinar la metodología a desplegar, dadas las distancias que se abren entre el crimen y el arrepentimiento, la organización y el individuo, el peso ritual y el albedrío moral. Ingente tarea pues, también por la magnitud de las resistencias que, con certeza, pueden encontrar en su propósito de excomulgar *ex toto* a la organización mafiosa.

No es la primera vez que fuertes focos de poder mundial atacan a la Iglesia Católica cuando ésta se ha negado a respaldar políticas y geopolíticas de distintas superpotencias. Así lo demuestran los dos atentados sufridos en Roma, en 1981, y en Fátima, en 1982, por Juan

Pablo II; y las campa1as de Hollywood y cierta Prensa estadounidense inducidas desde la Casa Blanca contra el Papado, por no avalar la guerra de Irak desplegada por George Bush. Comoquiera que la Mafia es considerada un verdadero poder f3ctico en Estados Unidos, no ser3a extra1o que algunas variantes de la presumible reacci3n en contra de la excomuni3n provengan, precisamente, de all3.

Coartadas pseudodevotas

Hay que tener en cuenta que las afecciones devocionales supuestamente religiosas y en clave cat3lica de la Mafia han constituido, hasta ahora, una poderosa coartada para naturalizarla en la vida social de Occidente. Ya se encarg3 el Cine, se1aladamente Hollywood, as3 como la literatura de grandes tiradas, de contribuir potentemente a tal *naturalizaci3n*. Y lo han hecho mediante los mensajes contenidos en numerosas de entre sus producciones y obras, donde el crimen organizado —cuyo palmar3s ostenta obscenamente la Mafia— desempe1a casi siempre el papel de protagonista *estelar*. Ahora a1ade a sus *cr3ditos* un papel relevante en el mundo de los estupefacientes y, sobre todo, la mutaci3n de un inquietante trasvase de algunos de sus agentes al mundo del capitalismo financiero, que tratan de impregnar primero con sus t3xicas pr3cticas de extorsi3n, pillaje y *omert3* para, con posterioridad, invadirlo y adue1arse de 3l, como vemos en escenarios cercanos. La valent3a del Papa Francisco a la hora de resolver con decisi3n la significaci3n 3tica, simb3lica y social de este grav3simo bald3n requiere por tanto de todo el apoyo de la grey cat3lica.

El ascendiente moral ahora movilizado por el Pont3fice va a constituir, sin duda, un poderoso mensaje hacia otras estructuras eclesiales y creenciales. Asimismo, ser3 un factor de enorme importancia en el di3logo interreligioso. El respeto a la vida; la lucha contra la esclavitud de la prostituci3n y las drogas; la defensa de la Humanidad doliente y pobre contra el crimen y las distintas formas de opresi3n de los poderosos; y el combate contra la superstici3n —como la que encarna esa ritualidad pseudodevota, deshumanizada atrozmente por la Mafia...— son algunos de los componentes de una eticidad que constituye el lenguaje

universal del Bien. Es el lenguaje más apto, adecuado y eficaz para entenderse mutuamente desde cualquier rincón del abanico creencial donde decida instalarse el sentimiento humano.

El valeroso ejemplo del papa Francisco merece ser secundado por los creyentes, a los que cabe instar a permanecer en atenta alerta frente a las asechanzas que el coraje y determinación papales, sin duda, concitarán. Y lo harán desde instancias que pueden resultar insospechadas, dado el tenebroso y extendido poder al que se enfrenta la voluntad papal, guiada por la fe y la caridad, en un momento histórico de aguda confusión. Precisamente ahora, en la oportunidad del momento, su directriz moral puede contribuir eficazmente, junto con otras decisiones esperables contra el aún ancho mundo del crimen, a despejar tanta incertidumbre. ■